

Las mujeres también lloran

Amiga mía

Teresa Calderón. Editorial Alfaguara, 2003, 208 páginas.

En la pantanosa postdictadura chilena (es decir, en estos días de desilusión generalizada), asoma la nariz, curiosamente, una especie de neofeminismo puertas adentro. Sus cultoras, que tienen al menos 45 años, temen dejar de ser deseables -aunque también se han decepcionado de los hombres-, se miran unas a otras para reconocerse y sienten que es hora de relatar el ineludible padecimiento que les ha significado vivir. Eso les pasa a Catalina e Isabel, las protagonistas de "Amiga mía", primera novela de Teresa Calderón.

Más conocida por sus poemarios (como "Género femenino" o "Causas perdidas"), la autora, que ya había incursionado en la prosa con el libro de cuentos "Vida de perras", desdobra aquí

su "sí mismo narrativo" en las mentadas Catalina e Isabel, dos amigas que entremezclan sus peripecias existenciales (una minitradición de nuestra narrativa, si pensamos en "Antigua vida mía", de Marcela Serrano) y las huellas de crecimiento y dolor que han dejado en ellas



Teresa Calderón elabora una novela atípica, no lineal, autoconsciente, algo confusa, y salpicada de ingeniosas percepciones y chispazos de humor agrídulce.

los dioses del amor, el desamor, la enajenación y la mañosa muerte.

Se trata de biografías paralelas y disímiles, marcadas, en el caso de Catalina, por amores frustrados y la voluntad de escribir una novela (justamente, "Amiga

mía") y, en el caso de Isabel, por una familia con marido exitoso (e infiel) y dos hijas, y una no desdeñable inclinación al suicidio (o a su metáfora: tajos menores, alcoholismo y confinamiento).

Teresa Calderón elabora una novela atípica, no lineal, "deconstruida" y autoconsciente, algo confusa, y salpicada de ingeniosas percepciones y chispazos de humor agrídulce: una novela variable en su intensidad, que a ratos muestra densos núcleos narrativos donde se ve la mano de una escritora capaz de arañar el riesgo (como el capítulo "Pura tristeza", donde aparece el tío Nicolás, equivocadamente bonachón y fallido secuestrador de menores; o aquellos pasajes dedicados al Pescador o a don Aníbal, antiguo comunista, criador de chanchos y testigo -¿o no fue así?- de fusilamientos sumarios un día después

del golpe militar).

Más previsible, los encuentros lésbicos de Isabel con una flaca literalmente rústica resultan de intensidad media. Y los diálogos en el Tavelli del Drugstore son más bien leves, como la espuma del café cortado que las amigas sorben -así se dan ánimos en plena urbe- mientras contraponen en su charla a dos tipos masculinos: el siquiatra de Isabel, remoto pololo adolescente de Catalina y en cuyos brazos esta última acaso pueda vivir lo que no ocurrió en su momento; y el marido de la propia Isabel, astrónomo de renombre internacional que, clásicamente, deja a su mujer por otra y se muestra torpe o cobarde a la hora de confesar su decisión (todo un hombre).

Aunque las comas se desubiquen y brote alguna falta ortográfica "escencial", "Amiga mía" contiene una extraña fuerza vital (y mortal) que huele a verdad, como un dedo en la llaga de nuestro fracaso, sea éste parcial o total, masculino o femenino.